
Capítulo CXXI.

Un matrimonio de la mano izquierda.

Se hallaba á las órdenes de Cortés un oficial de la contaduría, ó contrador, llamado don Luis Longo y Tenreyro.

Deseaba medrar, y como hombre de mundo, para conseguirlo se proponía explotar esa debilidad que aqueja comúnmente á los que se hallan en el apogeo de la fortuna: la de que les adulen.

Profesaba una afición decidida por la pesca, y como la mayor parte de los que se dedican á este ejercicio, tenía la pretensión de poseer ciertos secretos para el cebo de los peces.

Era además uno de esos hombres chismosos y entrometidos, pero faltos de talento, que queriéndose

captar las simpatías de unos, hablan en su presencia mal de otros, y suele sucederles que todos huyen de ellos como de venenosos reptiles.

Estaba casado el don Luis Longo y Tenreyro con una señora perteneciente á una familia de las más principales de Portugal.

Llamábase doña Constanza Docal y Folguera.

Era de una belleza perfecta, y unía á sus muchos encantos el atractivo de un carácter dulce, meloso.

Tipo acabado de la cortesana, sabía imprimir á su fisonomía los rasgos más salientes de las afecciones que se proponía fingir, y á esta especialidad debía el haber visto rendidos á sus piés á los caballeros más principales.

A fuer de verídicos, debemos consignar que, á pesar de las dotes dichas, para coqueta no tenía condiciones, y decimos esto, porque con frecuencia se interesaba su corazón, traspasando á veces los límites de las conveniencias sociales.

Con todas las mujeres de su clase, tuvo una época en que fué el idolo de los nobles.

Fué descendiendo poco á poco, y cuando empezaba á desesperar de su suerte, porque aparecían en torno suyo otros astros que eclipsaban su brillo y atraían á los satélites que giraban á su alrededor; se presentó el bueno de don Luis Longo y Tenreyro, ofreciéndole su mano de esposo.

Un casamiento es en todas ocasiones para la mujer un negocio que no debe desperdiciarse, y en las circunstancias en que se hallaba la bella portuguesa,

un medio de salvar su reputacion, un tanto averiada.

Ella, que algunos años antes habia de desdeñado á otros galanes con más títulos para obtener su mano que el flamante pretendiente, le adoptó de buen grado, admirándose interiormente de cómo la fama de sus aventuras amorosas no habia llegado á oídos de su futuro.

Este, á decir verdad, no las ignoraba, sino que, por el contrario, creia que por medio de ellas podria llegar á realizar sus deseos de medro, aspiracion constante de su vida.

Como se vé, aquel enlace era de mútua conveniencia.

Don Luis redimiria á su esposa de todos sus pecados ante la opinion.

La portuguesa podria ser un instrumento á los planes ambiciosos de su prometido.

Ninguno de los dos se engañaba.

Ella se habia dicho:

—Pues, señor, no hay que jugar con la fortuna.

Mi estrella empieza á eclipsarse, y aunque mi espejo, si no miente, me dice que todavia soy hermosa, lo cierto es que empiezan á escasear los regalos que con tanta profusion recibia en otro tiempo, y temo llegue un dia en que no conserve en mi poder ni la más pequeña joya, recuerdo de mi época de grandeza.

No es un gran partido que digamos mi novel ado-

rador; pero no es esta la ocasion de andar con melindres.

El tiene una pequeña fortuna, y sacrificando una parte de ella, y poniendo yo en juego mis relaciones, seria fácil lograr un destino en las Indias.

Allí, donde nadie me conozca, podria tener de nuevo una corte de adoradores, y vengarme en ellos de los desprecios que aquí me han hecho algunos desagradecidos.

El don Luis, por su parte, cuando se decidió á solicitar la mano de la portuguesa, pensaba:

—No faltará quien me crea un mentecato al dar mi apellido á una mujer cuyas aventuras amorosas han pasado al dominio público.

Prescindiendo de la exageracion que pueda haber en lo que de ella se cuenta, yo no puedo persuadirme que las faltas que haya cometido una mujer puedan servir de desdoro para su marido.

Es cierto que el mundo lo tiene así establecido; pero yo desprecio al mundo, y protesto contra semejante absurdo.

A la verdad, que los hombres han sido tan necios como egoistas al dictar esas leyes que llaman del honor.

Yo encontraria más lógico que un hombre fuese envidiado, y no escarnecido, si conseguia poseer por esposa á una mujer que hubiese sido el astro esplendente en torno del cual hubiesen girado los más galantes satélites.

Pero dejémonos de poesía, y vayamos al asunto.

Si ella es gustosa, con alma y vida la acompañaré al altar.

Y ¡qué diantre! no he de privarme yo de realizar lo que á todas luces me conviene por temor á la murmuración del vulgo.

Trabajo cuesta creer que el santo lazo del matrimonio pueda profanarse hasta el punto que dejamos referido.

Se resiste á la inteligencia que puedan llevarse á cabo enlaces tan monstruosos, por más que con lamentable frecuencia veamos que se repiten aún en nuestros días.

Pero como ya hemos indicado otras veces, en el mundo, en esta vida, se purgan las malas acciones, y quien siembra egoísmo no puede recoger felicidad.

Efectivamente; el amor, emanación divina del Creador, no puede inspirarlo si no lo que es grande, lo que es noble, lo que es digno.

No existiendo amor, no puede haber confianza entre los cónyuges, y la falta de confianza en el matrimonio es un continuo semillero de disgustos.

Aun el hombre más descreído, más despreocupado, más sinvergüenza, diríamos nosotros, tiene momentos en que, herido su amor propio por la deslealtad de la que es su esposa, empieza á conocer, aunque tarde, lo absurdo de la opinión que había formado del matrimonio.

El sentimiento paternal, innato aun en los corazones más envilecidos, es un nuevo torcedor para el marido el día que su mujer dá á luz un hijo.

El nuevo sér brinda esos goces purísimos del hogar, irremplazables cuando tiene por base el amor, la confianza, la fidelidad.

La cabeza detiene los impulsos del corazón.

Terribles sospechas cruzan por la imaginación del marido, y el tierno vástago es un continuo motivo de malestar, de pesadumbre.

Firme en su propósito el bueno de don Luis, declaró un día su atrevido pensamiento á la bella portuguesa.

Esta, bajando los ojos:

—Mucho os agradezco,—le dijo,—vuestra bondad, por más que no me sea posible aceptar ese enlace.

—¿Acaso no me creéis digno de llamarme vuestro esposo?

—¡Oh! Nada de eso.

—Entonces, ¿por qué causa os negais á hacer feliz á un corazón consagrado enteramente á vos?

—Porque mi posición no puedo hacer otra cosa.

—Señora, por piedad, sed más explícita.

—Tal vez os pese luego.

—De ningún modo; la sinceridad es la cualidad que más aprecio en la mujer. Así pues, os ruego de nuevo que me saqueis de esta duda que me mata. ¿Sois casada?

—Al presente no.

—¿Pero habeis dado palabra á otro mortal más afortunado que yo?

—Tampoco; sin saber por qué, mi corazón me de-

oía que habia de encontrar un día un hombre como el que soñaba mi imaginacion, y ese hombre...

—¡Oh! ¡Concluid, señora!

—Ese hombre... es mucho rubor el que me causa esta declaracion; ese hombre sois vos.

—Gracias, señora, gracias; pero si no tratais de volverme loco, si me creéis digno de vuestro amor, concededme vuestra mano.

—Seria mi mayor deseo,—dijo como haciendo un supremo esfuerzo.

—¿Y por qué no obedecéis á vuestro corazon?—añadió don Luis, engañándose aquella vez por la tristeza que encerraban las palabras de su interlocutora.

—Porque jamás me perdonaria de haber causado vuestra desdicha.

Estas últimas palabras aumentaron la confusion del caballero Longo.

Empezaba á ser víctima de la fascinacion que aquella mujer ejercia sobre cuantos la trataban, y no sabia á qué atribuir la conducta extraña de la aventurera.

Permaneció un instante contemplándola en medio de la mayor estupefaccion, y al cabo exclamó:

—Permitidme que os diga que os estais burlando de mí.

—De ningun modo, y siento que hayais aventurado ese juicio, que me ofende altamente. Os he dicho que no queria haceros desgraciado, y fundaba este temor en los rumores que la calumnia ha extendido, y que un día podrian llegar hasta vos.

Como se vé, doña Constanza queria explorar la opinion que de ella habia formado el caballero, para fundar en ella su conducta posterior.

—Señora, ajeno completamente á las intrigas amorosas, no conozco nada de la chismografía de la córte, y por lo tanto, no han podido llegar á mis oídos esos calumniosos rumores de que os quejais. Y á la verdad que me hubiera alegrado.

—¿Por qué razon?

—Porque entonces hubiera podido arrancar la lengua al que se hubiera atrevido á poner en duda vuestra virtud.

Pronunció don Luis con tal vehemencia estas palabras, que á la vez se engañó doña Constanza.

—Mucho os agradezco la opinion favorable que os merezco, por más que, permitidme que lo diga, sea exactísima. No queria que en ningun tiempo os arrepintiérais de haberme elegido por esposa, porque pudiera ocurrir que algun amante desdeñado emponzoñase con sus calumnias las venturas que yo adivino habian de sonreirnos en nuestro hogar doméstico.

—Desechad esa equivocada suposicion, y estad segura que el hombre que desea llevaros al altar, es porque conoce vuestra virtud, porque se complace en dar un mentís á vuestros calumniadores, porque le halaga en extremo volver por los fueros de la dignidad, del honor, de la belleza de la mujer de quien es el esclavo.

—¡Oh! Caballero,—exclamó con acento patético

doña Constanza,—podeis creerme que si alguna vez he comprendido lo tiránico de las leyes á que nosotras ¡pobres mujeres! estamos sometidas, es en este momento. De otro modo expresaria mi lábio lo que siente mi corazón.

Y al pronunciar estas palabras, dirigió una mirada lúbrica al caballero, el que sin poder darse cuenta de lo que hacia, posó sus labios en la torneada mano de su futura.

—Abusais, don Luis, de mi candor, y francamente, no podia esperar eso de quien voluntariamente se ha constituido en paladin de mi honra. Tendré que llorar amargamente las consecuencias de mi carácter expansivo.

—Jamás, señora; reconozco mi falta, y os pido perdón encarecidamente. Sois tan hermosa, que es imposible, estando á vuestro lado, permanecer en contemplativa actitud. Hay momentos en los que el hombre no es dueño de sus acciones.

—Convenid conmigo en que esta teoría es muy cómoda. El hombre debe guardar siempre la dignidad que se debe á una señora.

El tono acre que procuraba imprimir doña Constanza á estas últimas palabras, no tenia otro objeto que el de apresurar el desenlace de aquella entrevista, que parecia habia de serle completamente favorable.

Don Luis, que como sabemos, tambien estaba interesado en el enlace objeto de aquella discusion, exclamó cayendo de rodillas:

—Señora, teneis á vuestras plantas al que desea ante el sacerdote reparar el agravio que os ha inferido. Su mayor deseo será no haber desmerecido en vuestro corazón.

—¡Bien seguro estais de ello, don Luis! Desgraciadamente veo la exactitud que encierra ese axioma de la vida, que dice que el amor verdadero no puede ocultarse. Eso me ha sucedido á mí con vos. Me habeis impresionado tanto, que mi fisonomía desmentiria la negativa de mi labio.

Los preparativos de la boda se hicieron con gran rapidez.

Cuando llegó el momento de pensar definitivamente en el dia en que habia de tener lugar la bendición nupcial, doña Constanza, temiendo alguna burla sangrienta de los que en otro tiempo habian sido sus adoradores, solicitó de su esposo que la ceremonia tuviese lugar en otro punto que el que se hallaban.

Pretextó que queria que asistiesen parientes ancianos que la querian mucho, y que de otro modo se privarian de este placer, y el condescendiente marido accedió á sus ruegos.

Pocos dias despues prestaban sus juramentos ante el sacerdote, don Luis Longo y Tenreyro y doña Constanza Docal y Holguera.

Aunque se habia procurado que este acto se llevase á cabo en medio del mayor sigilo, no tardó en llegar el suceso á oídos de toda la corte, y las chanzonetas y los epigramas más cáuticos acompañaban

siempre al comunicarse unos á otros el enlace de la bella portuguesa.

Poco tiempo despues logró don Luis ir destinado á las Indias como contralor, y allí empezaron á desarrollar ambos cónyuges los diferentes proyectos que abrigaban mutuamente al haberse unido.

Pero el asunto merece capítulo aparte, y en el siguiente daremos los pormenores necesarios para dibujar por completo la figura de estos dos personajes que hemos bosquejado ligeramente.

Capítulo XCVIII.

Nieve y fuego.

Hernan Cortés, impresionable siempre, experimentó una viva emoción el día que por primera vez vió á la hermosísima portuguesa.

No se le ocultó á don Luis Longo y Tenreyr o el efecto que había producido en el caudillo la deslumbradora belleza de su esposa doña Constanza.

Creyó llegado el momento de realizar sus planes ambiciosos, y aquel mismo día en que los cónyuges llegaron á las Indias abordó las cretiones.

—Constanza,—dijo á su mujer apenas se separaron de Hernan Cortés, en el poco tiempo que llevamos de matrimonio he podido apreciar el talento

...
—Gracias mil por la lisonja, señor marido; pero